

## Capítulo 20

### Juego de espías

Tomás, Marc, David y Núria intentaban averiguar qué estaría buscando aquella milicia en plena Antártida. Para no levantar sospechas y pasar inadvertidos ante los omnipresentes hombres de Huty, se reunieron en la sala de ordenadores delante de un monitor que emitía las imágenes que había grabado el ROV en su última inmersión. Durante la hora que estuvieron reunidos, todos se percataron de que Pankow pasó dos veces por delante de la sala, el mismísimo Huty, otra y un par más de veces se acercaron a husmear discretamente Alex y Baldin. A Tomás, a quien le acababan de descubrir el pastel, le costaba no alterar su semblante al ver a los militares, puesto que no era fácil actuar con naturalidad sabiendo lo que sabía de ellos.

-Lo más lógico es que anden detrás de uranio o plutonio, algún recurso de uso militar, ¿no? -comentó Marc.

-No lo creo, porque el barco no está adaptado para transportar elementos radiactivos -indicó Tomás-. No sé... me huelo que debe de ser otra cosa.

-Lo que está claro es que se están pasando el protocolo internacional por donde les da la gana -dijo David-. Empezando por ir armados y siguiendo por intentar extraer minerales del subsuelo antártico.

-Creo que no podremos averiguarlo -dijo Núria-. Esos microrrobots son ultimísima generación. Tal vez sólo los estén experimentando para utilizarlos más adelante, cuando se levante la veda antártica.

-O sea que tú estás convencida de que se levantará esa veda... -dijo David-. Muy bonito, sí señor.

-No sé si el Tratado Antártico seguirá mucho tiempo en vigor o no -comentó Marc-. Eso me importa ahora mismo tanto como a ellos: nada. Si han venido hasta aquí de incógnito y han saboteado una expedición científica internacional no creo que sea para hacer experimentos. Han venido a llevarse algo. Estoy seguro de ello y pienso averiguar el qué.

Tomás se había quedado en Babia. Su mirada se había desperdigado por la capa de hielo y había dejado de prestar atención a lo que estaban comentando sus compañeros. De repente, pasó a pensar en voz alta:

-Me da miedo Joan -dijo-. Hace días que nadie lo ha visto, ¿verdad?

-Vamos, Tomás, no te atormentes ahora por eso -lo tranquilizó Marc-. Digamos que hace días que nadie se ha interesado en saber nada de él. No puede haber desaparecido...

De pronto, el miedo se apoderó de los cuatro. ¿Habría descubierto algo el zooplanctólogo? ¿Lo habrían liquidado los militares? Ese Pankow...

-Vamos a buscarlo, pero con discreción, por favor -les rogó Tomás.

\*\*\*\*

A Marc no le costó mucho averiguar dónde se reunían los militares. Le bastó con poner un poco de atención en las costumbres de cada uno de ellos. Tras un día entero observando los movimientos de todos los colegas de Huty, vio cómo Pankow abandonaba el comedor tras una breve conversación con su superior. Discretamente salió del salón para comprobar que el incauto soldado bajaba las escalera con decisión, posiblemente hacia los almacenes. Dio un rodeo por la cubierta y bajó hasta controlar, prudentemente alejado de ella, la puerta de los garajes. Allí, observando pero sin ser visto, esperó un rato, fumando un cigarrillo, hasta que, como se imaginaba, entraron otros dos soldados de Huty: Alex y Baldin. No había luces encendidas, no había nadie en la cubierta. Pankow había entrado allí con toda seguridad. Enseguida aparecieron Squarciapino y Cuiak, después lo hizo Jacqui y en cuestión de un cuarto de hora, la boca del almacén había absorbido a todos los militares. Sólo le faltó indagar un poco más para estar seguro de que el lugar de reunión de aquellos esbirros era el refugio antártico que nunca se llegaría a entregar a la base de Jubany.

Un par de veces intentó esconderse en el almacén, lo más cerca posible del lugar de reunión para sacar algo en claro: qué buscaban con los robots, quién los enviaba, hasta cuándo iban a permanecer en el anonimato... Eran demasiados interrogantes sin respuesta para un espíritu inquieto como el de Marc. Pero desde el exterior del habitáculo, aislado térmica y acústicamente, no se podía oír nada. Armado de valor aunque temblándole las piernas, Marc decidió entrar en la habitación polar para ver si podría esconderse en ella y esperar la próxima reunión de los militares. No tardó en dar con un doble suelo en el refugio y en comprobar que allí sería imposible que lo encontraran. Levantó la trampilla y

se estiró en el hueco inferior, procurando hacer el menor ruido posible. El silencio era total y la acústica del habitáculo hacía que cualquier movimiento retumbara en los oídos de Marc, que se las veía y se las deseaba para contener el ritmo de su respiración, puesto que oía hasta el latido de su corazón.

Después de media hora estirado en la misma postura, cuando intentaba darse la vuelta para orientarse boca abajo, oyó las primeras voces. Reconoció la de Squarciapino que hablaba con otra persona. Le tranquilizó que el primero en llegar fuera el italiano que, según David, se llevaba tan mal con el núcleo duro de los expedicionarios.

-Esto va de mal en peor -comentó el militar científico a Jacqui-. Ese Hutty es un incompetente.

Los dos hablaban en voz baja, pero la claridad con que Marc oía la conversación le hizo sentir un escalofrío por todo el cuerpo y trató de mirar si había alguna abertura en el suelo que no hubiese detectado antes y lo pudiesen ver. La poca facilidad de movimientos le impidió aclarar esa sospecha, así que siguió tumbado boca arriba, escuchando con una claridad inquietante todo lo que decían arriba.

-Enrico, ¿qué coño estamos haciendo aquí? -más que una pregunta, lo que acababa de decir Jacqui era una sugerencia: "mandémoslo todo a paseo", parecía querer significar.

-No lo sé. Esto hace mucho que se ha descontrolado -las palabras preocupadas de Squarciapino iban acompañadas de pasos a lo largo y ancho del habitáculo-. Y ahora la inmersión.

-Estaba prevista...

-¡No me jodas, Jacqui! El que tengamos una cámara hiperbárica no es razón para emprender una inmersión suicida a 65 metros de profundidad en medio de la nada, bajo una placa de hielo de casi dos metros.

-No me da miedo bajar -le contestó el corso-. Me preocupa la cabezonería de que Pol tenga que venir con nosotros.

-Hutty es un irresponsable. No tiene ni puta idea de lo que nos jugamos en algo así. ¡Ese crío no tiene ni 200 inmersiones!

El italiano se desplazó por todo el espacio del refugio callado, con la mirada baja y dando contra el suelo algún que otro golpe sobreasaltando a Marc, que en aquellos momentos estaba sudando a mares y maldiciendo su ocurrencia de jugar a espías.

-¡Y no quiere entrar en razón! -prosiguió Squarciapino-. Quizás tengamos el tiempo justo para bajar, ver qué le pasa al aparato y volver arriba cagando leches. No podremos hacer descompresión larga. Es simple, pero ese Huty...

-No entiendo qué tiene en contra de Vázquez -preguntó Jacqui-. ¿Por qué no baja ella?

-Porque este capullo es de la vieja escuela y Vázquez es una mujer. Ése es el argumento. Le importa un bledo que haya trabajado un año entero en el Ártico en condiciones extremas.

-Y Alex no sabe ni siquiera nadar...

-Es ridículo que teniendo a una experta en informática y en inmersiones tenga que bajar un novato. No podemos consentirlo.

-Viene el psicópata -alertó Jacqui, que no se había movido del quicio de la puerta para controlar cuándo aparecerían los demás.

Pankow entró con su perpetua mueca malhumorada, que se retorció aún más al ver a sus dos colegas conversando.

-Bien -dijo- No hay ninguna duda sobre lo que pasará esta noche, ¿verdad?

-¿Qué te pasaré a cuchillo por lameculos? -le preguntó Jacqui, entre desafiante y hastiado.

-Oye, chuloputas, más te vale que sigas haciendo de perrito faldero de tu amo y me dejes en paz si no quieres tener problemas.

-Pankow -gritó Squarciapino-. Lo de la inmersión habrá que hablarlo con calma. Me parece que hacer bajar a Pol es una locura. No pienso permitirlo.

-¿De qué parte estáis vosotros dos? -preguntó Pankow, con aire distante- Yo creo que os empezáis a distanciar demasiado de la finalidad de la misión.

-Esta misión estaba abortada desde el principio -la voz de Squarciapino sonaba ahora serena y firme-. Veo que no entiendes nada, Pankow. Se ha querido matar a dos pájaros de un tiro y ni siquiera se ha herido a uno de los dos.

-Eres incapaz de comprenderlo -añadió Jacqui-, porque tu cerebro pasó por las manos de los jíbaros hace mucho tiempo.

El alemán intentó agredir al francés pero éste se apartó rápidamente.

-Par de cabronazos -se limitó a decir, conteniendo toda su rabia-. Si se va todo al puto carajo será por vuestra culpa. Yo he venido aquí a transmitir las órdenes del coronel. Obedecedlas y punto. La gente ya empieza a sospechar y todos sabemos lo que habrá que hacer si alguien sospecha algo...

Marc sufrió el enésimo escalofrío de auténtico pavor, pero aún así logró no mover ni un músculo de su apelmazado cuerpo.

-Me parece que la gente sospecha desde el principio -dijo Jacqui-. ¿Te has fijado en el aspecto que tienes? ¿Quién no sospecharía de un tipo que anda vigilante por los pasillos sin nada que hacer y con esa cara de mala leche?

-¿Cómo puedes decir que si la gente sospecha es por nuestra culpa? -le preguntó Squarciapino, indignado-. Lo que le hiciste a ese chaval fue una estupidez, digna del más inexperto chantajista. ¿Crees que él no sospecha nada?

-Tiene un buen escarmiento por estar donde no debía cuando no debía -se justificó Pankow-. Lo volveré a hacer si es necesario.

Marc agitó la respiración al cerciorarse de lo que ya sabía y empezó a mover los dedos de los pies, como si Pankow fuera a trepanarle el empeine, como hizo con David, en ese mismo momento. Enseguida empezó a sufrir por Joan, a quien andaban buscando por todo el barco.

-Es la típica actitud de un paranoico que no sabe distinguir entre un civil y un militar -comentó Jacqui, que seguía provocando a su colega. Había tratado muchas veces con tipos como él, que si había que ejecutar una orden violenta, se ejecutaba y punto. Importaba poco lo que hubiera hecho la víctima o si ésta tenía 10 o 90 años.

-Lo que pasa es que al sargentito le faltan huevos -dijo Pankow, mirando a Jacqui.

-Pankow, no es cuestión de huevos -intercedió Squarciapino-. Nos has puesto en evidencia. En una situación de sabotaje tan delicada como ésta una agresión como la que hiciste sólo añade ansiedad y confusión a todas las partes -el coronel no entendía que le llevaba a tratar de razonar con ese trozo de carne con ojos. A lo mejor era mejor atenerse a los métodos de Jacqui.

Pankow salió del habitáculo alterado, con una sensación de asco hacia sus compañeros que lo exacerbaba. En el interior, Squarciapino y Jacqui se ofrecían un cigarrillo mirando cómo la figura de Pankow se perdía entre las cajas y bidones que

poblaban las bodegas del barco. El silencio preocupó a Marc, que sólo podía intuir que los dos militares seguían allí.

Enrico miró a los ojos a Jacqui y le hizo una mueca para que se mantuviera callado. Luego dirigió la mirada hacia sus pies y se apartó, indicando a su subordinado que levantase la madera del suelo. Marc notó cómo se movía la superficie que lo cubría y acto seguido vio las caras de Jacqui y de Squarciapino que lo contemplaban, aparentemente tranquilos. Con una sola mano, Jacqui lo sacó de su escondrijo del doble suelo, lo inmovilizó y le puso un cuchillo en la garganta. En cuanto quedó totalmente quieto a merced del militar, se oyeron unas gotas de líquido que golpeaban el suelo.

-¿Jugando a los espías, querido Marc? -la cara de Squarciapino, a dos dedos de la del científico, había perdido la menor señal de simpatía-. Vaya, se ha meado usted encima.

Lívido, inmovilizado por el brazo de Jacqui y amenazado por el cuchillo afilado que le estaba rasgando el cuello, Marc contemplaba la cara del militar, más seria que nunca.

-No está bien escuchar conversaciones ajenas -prosiguió, impertérrito, Squarciapino.

-¿Aflojo? -preguntó Jacqui. Enrico asintió.

Marc cayó de bruces al suelo, quedó de rodillas y no pudo controlar las arcadas que le recorrían el intestino y vomitó sobre lo que había sido su escondite durante cerca de dos horas. Jacqui lo miró arqueando las cejas, pensando que, después de todo, no le había hecho nada. Aterrado, Marc se balanceó hasta que dio con un punto de apoyo en su trasero y se sentó sobre la madera que había destapado Jacqui.

-Comprendo que es mejor que no me vaya de la lengua, así que tengan por seguro que no diré nada -balbuceó Marc-. No soy tan tonto, ya he oído a vuestro compañero...

-Al revés -le sorprendió Squarciapino-. Hablarás con Tomás y con el resto de tu gente. Pero con nadie más. Es muy posible que dentro de poco os necesitemos. Ni se te ocurra comentar nada a nadie más.

Squarciapino daba por sentado que si Marc se había enterado, habría sido a través de David y que Tomás también estaría al corriente de todo, aunque disimulara extraordinariamente bien, como el resto de los miembros de su equipo.

-Te aseguro que en nada beneficiaría que se supiese lo que pasa aquí -añadió el italiano.

Austasen 70°51'40''S, 10°33'60''W

-Y... ¿qué pasa aquí? -se atrevió a preguntar Marc.

-Todo a su tiempo. Ahora ve a avisar a tu jefe de que esta noche va a haber una maniobra de riesgo... para nosotros solamente. Si sale bien, no pasará nada y nadie se enterará de lo que hemos hecho. Pero si sale mal...